

**El buen galope a la muerte
del Dr. Matos Leyba.**

Matos Leyba (Dr.)

El buen galope a la muerte del Dr. Matos Leyba.

Compilación de
Salvador Torres



ente editor de
Hasta Trilce

Arte de tapa: Fernando Raíces.

Diseño: Lina Vélez.

Derechos no los hay. Esto es tumba. Ojos que me ven, di a otros que aquí yace el Dr. Matos Leyba, que galopaba mucho y, al fin, no temió muerte.

*¿Dónde se levanta esa córnea puerta
contra la que rompe sus puños mi sed?
¿Habrá otros días detrás de este día
en que llamé a mi nombre y no estaba en él?*

Dizque prólogo.

Matos, todo él mitin de anacronías, ha muerto y en este acontecimiento cabe mucha justicia. El viejo Matos Leyba fue galopando a la muerte suya seguido de cerca por la sombra de lo perdido, debatiéndose en su batalla saúllica con la vida, la muerte y aquello que llamó padre o dios. Fue, antes que el poco poeta que aquí presentamos, un gran moridor y su literatura, sangramiento. Y miedo al miedo, lo que ya parece valor.

Que este libro sea su tumba. Y que esta tumba que el tiempo cubrirá bien pronto con sus forrajes de indiferencia o justo desprecio, cuente su carga, su caída, su fuga, y que a lo largo de sus y tantas páginas, Matos, redondamente encerrado en ellas, cabalgue hasta su cadáver. Por fin, que a quien vivió toda su vida en un laberinto no le baste la muerte para emerger del más bello de todos.

Apenas nacidos ya él y su caballo de cuatro auroras eran una cosa del pasado. Que nadie se lamente; Matos era el poeta que le sobraba a la vida y a la poesía, y su única grandeza fue reconocerlo y morir en consecuencia. Alegrémonos por él, que

tuvo la felicidad de ejercer una doble lealtad; por un lado, a su condición, a través del permitirse rezar literariamente y, trascartón, lealtad a su tiempo, impidiéndose el nostálgico acto de publicar pretensiones de poesía literaria.

Por último y de acuerdo a lo dicho, véase en este libresco acto de anacronía, en esta antología suya y antojolía mía, no una vindicación, de todos modos imposible, ni una contradicción, pero una mano primogénita arrojando un puñado de tierra sobre el féretro del padre.

Me llevo de él su carga, su no saber pero ir, y es en su memoria que juro que, así como le di muerte a él, mataré a todo poeta faldero que me nazca, a todo patiquín lleno de piedad por si propio, y que me mataré yo mismo si no doy con el Verbo poético o no puedo ser el verbo; si no hallo el paso por donde ande el Ciervo. Que lo que importa es la Vida y ésta va siempre más adelante.

Sabía cosas este Matos, mi padre, mi confluencia, y ojalá yo no las olvide nunca. El pobre de Matos, que tan pocas cosas sabía y tanto cabalgaba.

Fue justicia.

Salvador Torres.

Al caballo que le supo: el Picazo.

In memoriam

**El buen galope a la muerte
del Dr. Matos Leyba.**

Matos menos cuarto.

*Noche de mundo.
Matos, hijo de su morir,
galopa y cruza la noche.
Furias tras él.*

I

Cabalgo.

Y voy.

Caballo de cuatro auroras,
ruedo como lágrima.

Como sombra avanzo
por el disperso rostro de la noche.

Cabalgo.

Y voy.

Olvidado cruzo las patrias de la tierra.

Hacia la guerra que dicen.

Hacia la muerte que dirán.

En dolor limpio parto de mí.

Y como lágrima
como sombra.

Buen galope,
lindo caballo.

Alta noche.

Yo no sé.

Pero cabalgo.

Y voy.

II

La noche que siempre llegando
ya está aquí,
la noche del mundo llegando siempre.
Quien me aguarde habrá también
su siempre venir
como quizá de tumba,
pisará en tranco diamantino
donde surcan estrellas.
Para verme,
quién no arrecia las escaleras de sus puños
o saluda sin ser dios?
¿Cuándo agosto fue más adiós
que este rumbear a ti?
¿Podrá el arreo de los ríos
hartar nuestras redes
donde esa noche esta siempre llegando?
No nuestras bocas
se llenarán enteramente de otras.
Ninguno llamará a las puertas con fe
ni andará con pasos cielos
o bailando será viento dichoso,
pues ella siempre llegando.
Y así, quién sabrá más

que esa nube que va
por el remanso de tu sangre herida,
partiendo de madre y cielo,
hasta ti; hasta ti?
Y en ese momento, quién es el que a alguien
no supo bien
y de su carne lo diría?
Y más allá, adónde fue el niño muy niño
que envejeció a la vez que su polvo,
partiendo enllegando, hasta ti?
¿O las novias que vociferan
iluminadas protestas de harina,
perfiles azulados, recios países de la juventud?
Bajo un paisaje de lunas que fundan párpados
en la noche, nace nuestra orfandad,
nuestra pobreza de plata,
y por dónde no eres yo, galopando?
¿Nadie más cambiará su vida por una flauta,
una última proa, un naufragio creciente?
¿Quién no vigila toda su sed y su hambre
mientras renguea hasta el aliento del padre?
¿Y a qué fiebre no le pisa la cola
un molino sagrado?
O en el puro rumbo, quién no se está
como al regazo de sabia infancia?
¿Y cuándo no eres yo, que no sé,
galopando hasta el clamor de mí,

hasta la muchedumbre más yo que yo?
Y de no galoparse hasta el corazón del ir,
quién tendrá
absolutamente
algo
en los bolsillos del saco,
hermano mío, mi enemigo?
Que nadie y todos otra vez.
Todo es de esa noche que llegando siempre
ya está aquí, madre, aquí
donde mundo y vida se ganan
yendo donde no se puede ir.
Todos cabalgan en mis cuatro auroras
para noches del mundo.
Aquí todos. Así.
Y esto, yendo ahora,
qué no querría decir?
cuánto amor se le escapa?
¡Ninguno, ninguno! Así.

III

Y el viento es belfo que va sin rey.
Heraldo barro de los poetas
soñando que nos inscribes al minuto,
que nos sujetas al feroz batir de la tormenta,
que conjuras a nacimiento
y nos perdonas; tú no puedes decir el viento.
Eres la palabra, sepultando a la noche
en el centro de la piedra negra.
Eres la palabra, ordeñando días
de las ubres solares,
clavando campanas en las orejas,
traficando los rumbos, distribuyendo el dolor.
Pero el viento es belfo que va sin rey.
Y tú eres la palabra
que cree en las torres y los sueños
con una jaula de dioses y de bocas.

Libertad la del viento mudo.

Cielo el silencio que galopa.

IV

Picazo, por mandato del hondero
que nos ahíja, vives y galopas,
como ijada de su dolor y como mano de su dicha
y como tuyo.

Arrojados a la mirra, al himeneo y la muerte
somos a la sombra un dios maldito
que crea el mundo infinito y lo devora
y es, sin quebrarse, todos sus reversos,
sus perfiles remotos y su expansión sedienta.
Y andas con los caínes rugiendo en las sangres,
desovillando el algodonal de nuestros soles
mientras la selva fervorosa incendia el mundo
y con la boca ahogada de inocente palabra,
ladrillo sobre ladrillo,
torre y rumbo, patria y molino.

Y de tantas milicias cargados, mi caballo,
¿sabes tú en el imperio de cuál luna
izar el duro pabellón de la vigilia?
Ansí galopamos tras el verde cero
de un ojo divino
en la sideral batalla
o escapamos, de morir en matar,
con los costados abiertos,

(hasta derrumbarnos en el cuerpo
precipicio de cuerpos,
(hasta caer a la escalera que sube y sube
o baja y baja.

Gallos que mandan despertar, cuatralbo!
Quiquiriquíes establecen mares
y marchitan rumbos
donde la vigilia es barloventa
para naufragar a gusto
y bailar sin brújula.
Picazo, en nuestra azulada pobreza
comerciaremos con el sueño que se rinde al alba;
porque sólo en sus espejos tiene raíz el viento
y no abandona. Bajo la tiranía del galope
fulguramos como rayo
para vivir viviendo,
como fantasma de trueno
y como proa de verbo.

Y elijamos de lo infinito, uno,
y apendonemos de amor la caída
y temblando, amar,
pero entonces ¿do los fuertes brazos?
¿do los heroicos estribos clamando calvarios
y sosteniendo el pulso que corcova tremoloso?
¡Ah, Clisa!

¡de corazón soñoliento galoneado
amarte el amor
torrente y eco de carnes!
¡hirviente de violenta achura amar el dulce amor
coronado de humedades!
¡llameante y cuatralbo amar el amor que amusga
nunca olvido
y muerte secreta!¹

Y ya entonces
en la tromba sin cola de esta vida,
desde tu primer capítulo acuchillante
llega final el último morir de erguido fémur
y en esos postres
y al fin con todo y todo contra todo,
dime: ¿dirás *yapaí* al trago que traga?
¿daré mansa mano al instante feroz

¹ Y para mis pares, los sencillos que se agotan en cosas sencillas de-entrar-al-almacén-de-casarse-de-jugar-las-bochas-de-desgraciarse,-los repartidos en los islotes del amor, del cariño bobo, para éstos, para mis iguales y otros míos, yo les sabré conquistar corazón de valentía y ceguera para adorarles, meridianos, su no tendida y sucedida mortaja, su cernida noche. Postrarme a sus ojos que anuncian perlas y nupciar sus manos para semilla de agosto, ojos todavía, manos aún, a vera de los ríos de jabalíes y el vino besador, al cielo la carcajada enorme, oceánico el silencio).

o afilada ternura?

Mi caballo, en tus venas conspiran tempestades.
Mi caballo, mis manos sedientas golpearán
en los muros del cadáver.

En verdad deseo que mi sangre ahogue los altos
balcones.

En verdad deseo que mi sangre ahogue los altos
balcones.

En verdad digo que al cabo de porfiado cáliz
y troyanos sorbos,
estas oscuridades caerán
como pendones que fueron.

Y así arriarán con nosotros, Picazo,
y galoparemos con las huestes sin voz
y larga hai ser la carga por tierra misteriosa,
por raíces y soles,
hasta las aspas harinosas del gusano.

Y nunca más volveremos por aquí.

Pero en el eco de tus huesos,
oye,

se juramentan y fulguran cuatro auroras
que un día asaltarán la boca de las flores.

Entonces un gallo dirá que vienes por el este
y non habrá consuelo en esa revancha que no es
tuya, pero trae dicha en el galope
y amor.

V

Nace el hombre
nace la torre
el solo y su palabra.
Su palabra y su hombro,
es el hombre solo.

Y el hombro y su hombre
con el mundo en su torre,
su sedienta joroba,
qué muda y qué torva.

¡Palabra!

En la playa de toda la derrota,
la palabra varada.
A puertos del epilogo
una vela enterrada.
Leviatán la palabra.

Qué tan alto caen ángeles?
La distancia a qué distancia?
Qué tan tumba del abajo el nombre de alguno?
Qué tan aire arriba el ala

o llanto el plegado ojo? ¡La palabra palabra!
Y el hombre que se despeña
de estas torres ignorancias.

¡Niños! ¡Silencio! ¡Atención!
La traición fue abecedaria?

¿Amasa la masa?

o palabras fueron becerras?

¿Múu?

Guerrearlas como a diosas temerlas?
Como a infinitas enemigas?

¿Mi mama me mima?

Como a maternos barros?

¿Máma? ¿máma?

¿Palabra?

¡Silencio!
¡Palabra!

VI

(Empero ahórquese con el racimo el zorro
que en la uva se azorra, caídas lo angelan,
y la traición nos ahombra
¡cuánto el resto es poco!)
y suba
a boca mordiente
cada poema.
Una serpiente negra
en el aire,
atando mundo a delirio,
a la altura del hombre.
Vengar el puñal de la palabra cada poema.

El poema enhebre la gota de sangre,
la gota de llanto y el rayo de luz
en el ojo ciego de la aguja de dios,
la espada de dios, la risa de dios,
la razón de dios, el odio de dios.

Ese niño que puede incendiar el cielo
con una mirada,
mi caballo en dos patas que salta hacia la justicia
y volando con esos ojos que trepan como luz

y persiguen dioses
y en ese ojo creciente clavar el poema.

Cada poema
un alarido de dientes
fruncidos a la luna y a la aldea.
Sísíes de amor a puertas del morir
y una hambruna de toda fauce
el poema.

Sino para borrar las orillas de las palabras
y amundar oscuridades forasteras,
sino para querer morir un poco más
que la muerte
cada poema para qué
y para merecer los ojos de una estrella,
ah pero aunque .



VII

Cuente el mar sus danzantes muertos
de a octavas mareas
y el viento que reparte los rumbos
rompa sus puños
contra mis retornos.
Pájaros ya no animan
los ramos de mis abuelos,
pero medra la vida
en el jardín de las horas.

Destierre de su tarde las elegías
todo aquél que rueda entre besos,
madruga y dice *esto quiero*
y bebe aún la trenza de viento.
Golpee la arena que muerde los pasos,
aceche la aparición de lo invisible
en lo que se fuga y nos cita en la muerte,
desate la canción audaz,
destrone sol y pleamar
y odie estos delgados hilos
y guerra a la tijera.
Así es vida buena. Y su todabelleza llorando.

VIII

Corazón de hombre, hijo de estrella,
padre de muerte,
en andas de todo advenimiento
y arrastrándote entre gajos,
naces con tu ceniza
y tu vacío en el bolsillo.

La ceniza va enancada
al viento que me lamenta,
va en la mano del viento
ejerciendo su muleta,
tu ceniza ya anda junto al que vendrá.

Me apeo de las consignas y fragores
de los abuelos,
como cabellera de la noche desbordando
la caída inicial.
A veces bajo tus ojos abre los suyos
la constelación de los huesos, a veces.
En este año de tu viento
hacia el morir, a veces.
Tu ceniza que me galopa alegre
y conversa con el color de sus raíces,

a veces.

Es su ceniza que va contigo también,
y yo sin paraguas en el viento.

Es el venir siempre de la ceniza
galopando tus fuegos, a veces,
y a veces hombre, a veces estrella,
muerte a veces.

Oh veces que se enciende.

Y va.

Ardiente.

Veces.



Matos menos diez

XIX

Porque todos nuestros muertos
llegarán a la tierra, todos llegarán,
todos nuestros muertos llegarán a los ríos.
Llegarán.
Llegarán gratos a la tierra,
intensa alba,
hundirán sus dientes
en la madre que los devora.
Nunca no llegarán nuestros muertos,
no lo impiden rejas emparedamientos
leyes crímenes,
llegarán a los ríos, hamacarán los mares
morderán cielo y rodarán la tierra,
la vida mira detrás del mudo párpado
de la muerte.

X

Huella adentro va por mi sombra el padre,
el escanciador y capitán de olivos.
En mí hace su nunca,
en mi las vinagres sublevadas.
Nunca alcanzo el agua
y mi sangre es toda sed tras su paso.
Los padres descendieron hasta mí,
se arrojaron a mis ojos,
fueron mis pies, mi mano hacia la luna.
Las ciudades serpean,
los jardines serpean, su llamado serpea.
Me llaman y me piden. Soy el hijo.

El padre ha venido hasta mí
y entrado en el tiempo.
Por fuera de mi verbo ninguna palabra lo vela.
Mi padre llama al corazón de la noche,
le dejan entrar.
Estamos en la noche, padre.
Muertos y resurrectos
en la toda noche de los ayeres que he sido.
Y ya voy.
Voy.

XI

¡Dolor aquí en lo oblicuo del alma!
¡dolor separado de la fortuna ascendente!
¡dolor que se levanta de testa a todo mar
y muere cuneiforme de plena mujer!

Vean cómo atravesado de muerte,
qué indigesto y funerario a toda luz;
así las gentes me vieron hacer de la ciudad
mi jardín trasnochado, mi penumbra muy mía.
“¡Ahí va el alunado impar!”
Y me vi dicho en bocas lluviosas
cual ya lejana cosa,
como grito encorvado, sin sombra,
y más partido que ahí quién estuvo alguna vez,
y ya no quedé más en mi estar,
todo era puerto
en lo oblicuo del alma.

XII

Me están muriendo unas alas
cuando me quedaba.
Me parten estas alas donde el aire se libra
y el destino amaina.
Te están muriendo unas alas de tierra.
Ved que nos están muriendo unas alas.

Alas como ríos que te van
en ella y aquella vez donde siempre se vuelve
en aquí y en allá,
alas como un viento en adiós
cuando todo pasa y alguien queda,
alas en los perros luneros,
alas en los mundos que atraviesan la ventana
y en lo que por siempre fuera
y la promesa y las alas.
Ved: las alas mías.

Crecen aladas plagas negras
al pie de las fotografías,
vuelan cárceles, cementerios y puertas,
el signo de la serpiente y los árboles
que asaltan cielos,

se empluma a borbotones la ceniza,
se alan nuestros dioses llorosos.
Cómo me están muriendo unas alas,
cómo la indeseable me clava
sus plumas en el llanto.
Y que mi vida pesa menos que estos ángeles.
Y que te está naciendo la muerte
y todo se va volando.



XIII

Galopar a través de pueblos que fueron mis pueblos cuando tocados con mano ajena, otras manos, y esa pena polvorosa de ser todo lo sido. La que con otros ojos llamé *la mía*, llamada amor, sigue mía aunque se celebre en otras venturas. Hay amor que no gana en perpetuo balcón y crece con todos sus suicidas. Vuelvo con otros pasos a una puerta de siempre tras la cual alguna de mis madres:

- Oh madre ¿es aquí?- la digo

- *Hijo mío, es en todos lados todo tiempo.*

XIV

Y es así que se busca un agujero en la lluvia por donde mire dios. Un rayo que haga espada en iras del ángel y atruene el silencio donde la muerte es larga como el mirar de las piedras. Dios salta desde los ojos como centavos de los peces lunados hasta la mujer muy bella que pasea su halo encrespando balcones, torciendo disparos y cegando espadas. Al muerto de mañana le crece dios en su perfil muy suyo y se lo robarán los diarios para echarle encima la jornada.

Dios cayó de su precipicio y amaneció en las órbitas de un niño sin pedir perdón. En la primera fila de estos conciertos, dicen, y allí en el carozo de los caídos, allí en la muela del gusano. Por la específica curva del dolor se escurre y fuga la cola de dios. Pero cuatralbos tras él.

Mientras no morimos como luz, el mundo anda y es gruesa su huella y dios se bate en atroz retirada. Hijo mío, más alto que nadie, ojalá no supieras que todos nuestros pasos han sido puestos en una caja y echados al mar.

XV

Exhausto en las estrellas,
exhausto en los campos,
por la noche fatigado.
¡Por el bien de mi caballo,
ya no más trabajos,
no más trabajos!

Vengo de muy adentro del miedo,
vengo de lejos,
del viento a la palabra,
de la palabra a la llama.
¡Ya no más trabajos!
¡Cabalgo!

XVI

Matar nuestro tiempo
para vida del Poema.
Viento. Viento.
Viento en punta
para el gallerío vacante que en los tejados vela.
Hay un desierto en tus pies
que siempre siempre siempre acecha.

XVII

Querría acostarme a mi lado,
verme paisaje lejano.
Querría acostarme a mi lado
y sucederme río,
saber mi nombre fugitivo
y traer mis edades como a redes.
Dispersarme en el lecho, el llanto y la fe,
caer a mi muerto, mi muerte, la luz que se va
y el otro.

Matos menos cinco

XVIII

Ay si lejos, ay si en tallo aún
el día de la aventura del alma;
ay si a huertos de Pilatos
el día que un mal me venza
o pistoletazo rampante,
dos lunas enemigas.
Ay ese día vertebral
del apóstrofe en los talones,
de pedir una hora y no haberla,
ay del día del largo de toda mi edad,
el ¡ay! preso en quinta herida,
frágil ciervo que merodea el calendario,
mi huracán, ay, ay.
Ay mi hermano mirando arriba.
Ay partir por el mudo resquicio
entre dos espacios.
Pero más ay del día
que no traiga ese día.
Ay de aquél sol
que por alumbrar mi frente
apague la Vida.

XIX

Casi, en el vano entre los dos sueños,
vuelvo la vista
y fijo los ojos penúltimos
en la amarilla rosa del génesis.
Caeré remontado náufrago
hacia la oscuridad del génesis.
Pestañas y perlas y manos y ombligos
y tropiezos y llantos
y barbas y pechos;
la ávida luz de nuestro génesis.

Largo de toda largura el hilo de sangre
tendido sobre el fragor de los padres;
cientos de bocas me clavaron aquí,
muchos pechos en mi pecho se bañan,
en el náufrago que se precipita
otros velámenes se alzan.
Sus padres brindan en mi gesto,
y mueren y bailan y alzan y rezan
en su gesto.
Rugen presos de los balcones.
Silencio. Silencio.
Un murmullo atraviesa

el ecuador de Sus milenios.

Cualquier día a la deriva ves
un náufrago por la calle
con su kilo de pan bajo el brazo,
ir con su peinado donde el viento azul
empolla alaridos invisibles
y hételo de mirada abierta
como flor estupefacta en la distancia viva,
y –ay- va a conquistar la esquina
y luego el cordón y la vereda
de regreso a su balsa de pan.
Es que allí va el hombre, aplaudible,
hijo de a mil niños
de las escuelas y los cementerios;
todos niños con su kilo de pan,
con rostros de aceite y tomate; niños.
Con cuadernos y palotes; niños de nuevo
en los que se quiebra la multitud
y se reparte el infinito.
Pero allí va el hombre, contemplable,
saliendo casi del almacén, el cine
o la cárcel como de un colmenar.
- Buen día, señor...- dice el Hombre
- ¡Es el Hombre...!- gritan todos.
Y él va con su secreto
y los dos ojos del horror

traicionando sus espaldas.
Nunca olviden a su hombre que no pregunta
y va en brazos de una danza
y es danzado en tinieblas.
¡Nada para nada y más nada!
¡El hombre no preguntará casi nada!
Sólo al bocajarro crepuscular
una pregunta hundirá su horquilla
al ombligo del tic tac,
y si, se abrirá paso a través de la sangre suya,
allons! vendrá desde atrás del hombre niño
empujando todos sus fantasmas, avanti piu!
chapoteará entre sus muertos afines
- altos como él es alto-
y esta inquisición a los cielos
dará fuego a Belén, pondrá al padre contra el hijo,
y sublevando cadáveres,
preguntará.

Y entonces, quizá, nazca una luz melliza
o todo haya sido en vano;
tanto pan, tanto cigarrillo,
todo este niño y madre, tanta mujer en celo,
tanta vida precipitada,
tanto tren y baluartes nocturnos, tanto ir,
tanto pasto sin ver, todas las tantezas sin fondo.
¡Ea, mierdra! Que ahí va el náufrago por la calle
con su kilo de pan bajo el brazo...

XX

Y yo digo que
así va el hombre.
Y así nace esta criatura y se nos muere
en si misma muchas veces.
Así, en breves sorbos,
bebe la nunca muerte,
echando a los hornos de la muerte
sus arcillas añosas, enhebrándolas sin fin
en ojos novedosos y nuevas bocas.

Y un día entre días, invoca
a la Melancolía de la tumba insensata
donde el hombre se deshace en hambre
y le pregunta al hombre;
*“Si eres templo
de gritos verticales
¿qué silencio se eriza en los dientes de tu
morir?”*

Transitando los dos sueños,
mientras desayuna su balsa de pan,
el hombre quiere correr los velos de la luz.
Quiere desamordazar cementerios

y a la muerte decirle bostezo alado.
Quiere hacer la muerte
como un laborioso y largo silencio.
Todo el silencio
para oír la rosa murmurada
que incendia, amarilla,
el ecuador de nuestra eternidad.



XXI

Irse como nube a caballo del verde cero
del ojo de dios, su ocho cimarrón.
El abismo robando el espejo.
¡Siempre hay más Oeste!
¡Ea, Matos, algo ven los muertos
tras las nubes de sus ojos!

Voy.

XXII

Ea, caballo venusino,
caballo de ardor, artefacto sagrado que piafas
en las venas y el pan de dos,
también quiero llevarme donde Amor,
donde viva su aliento, donde cuelgue sus alas
y llame suya una silla.
¿O no refundaremos en una boca
labios como cunas,
como heridas de la zarpa de la noche,
labios como súplicas?

Sobre la nieve de la voz de Amor,
sobre la primitiva luz de Su ardor
yo recorrí mi sucesión.
Cuántas veces salir de casa
y concertarme definitivo en los hermanos,
y todo este desatar la luz de la tumba,
y en el metro general de la muerte confluir?
Cuántas veces en un día vivir sin vivir,
cuántas veces todas las veces!

Vamos,
negar adiós y engañar muerte

es el amor alzado en tus cuatro auroras.

Vuela, caballo – que yo no sé-
y vamos al Amor
para echarle los mares por la ventana,
para echarle los viudos de la boca,
para tener un ayer que no se canse
de ir cantando y cayendo.
Para tener todo el ir y venir.
Vamos.



XXIII

Mi quinto está sentado en su hora, en su recodo, su escena, su emboscada. El telón afila su aplauso; todo dios sacuda sus lágrimas sobre mi haber sido. Me callo el corazón revuelto y el hambriento fuego de la tierra que morderá a abrazos mi cuerpo, mar de tanto tránsito de amor y cobardías, tanto comercio guerrero, cementerio de tanto vivir tantas horas. Nada alcanzará en lo mucho en lo poco para decir qué humo fui, cómo es tonta o falsa o mentirosa la muerte. Cualquiera cosa entrará en mí sin permiso, arrodillado a toda rotura, y se ahogarán todas las velas y descenderé con mi luna verde al ciego aljibe donde alguna vez tal vez.

Yo voy a morir.

Pero yo no voy a morir.

Me quise poeta para decir verdad cada vez.

Y digo, al calor de mi hora, que he tenido pasiones que fueron mares de peligro surcados por mí, apertrechado de últimas cartas, que lo

importante es la vida cruel respirando en cada perfume. Digo haber amado la carne del tiempo, miradas sucedidas en el tiempo, que lo importante es la niña que, a gatas niña, no agota sus pechos contra toda nieve. Confieso haber huido siempre, que el monte es mi símbolo, que en mi arena nunca hubo la paz, que lo importante es que el mundo desborde su cauce, que nunca falte alguien llorando. Declaro ser la luz y sombra de un tiempo desdichado, que mi época y mi gente adoró una belleza sin peligro sin muerte o ternura. Que lo importante es la convulsión y el degüello. Que he sido toda la vida un niño debajo de la cama, armado de salves astillados, padres erguidos en el eco, pero que no hubo incendio fuera de una sonrisa como la mía. Que nadie abra mis ojos cerrados para que vea la ceguera que vendrá como una noche de moisés a robarles los pechos a las mujeres, las barbas a los hombres y a los niños las manos sortijófagas. Que está bien que aquí muera, que esto es justo. Que nadie se conmueva, se precie de descubrir chinas o se sospeche poeta si una noche despierta con mi nombre en la boca y no sabe qué hacer con él. Déjelo morir de frío; el mundo es una máquina sagrada de hacer santos imperceptibles.

XXIV

La vida está en otro lado,
la vida canta su canción en otra garganta.
Hijo que quizás,
no busques la vida
más que donde lllore la carne,
donde el cadáver en ciernes
se atormente aún.

Otras velas hinchán la vida,
gira en otras aspas,
de otras sombras florece.
Hijo mátame en ti sálvame en ti
pero desobedece estos mandatos,
afíncate en la partida,
recorre naufragios como a cuentas
y triunfa de la vida la muerte la vida.
Desboca los caballos que nos gobiernan el viento,
desobedece rotundo, cae,
muérdele el verbo al ángel y al capitán,
ardan los alaridos de la presa adelante,
la vida está en otro lado,
son otras sus luces, cruces,
van siempre adelante,

la vida va más adelante.
Quién la alcanzará que sea nacido?
Quién le quita ojos a la vida
que va siempre más adelante, imposible?



XXV

Voy hacia la muerte
desde los mundos que me circundan,
voy a cantarle a la muerte
canciones de amor y de guerra
y romances pequeños de cosas queridas.
Voy a la muerte para besar sus párpados
y recetarle llegadas y bienvenidas.
Voy a la muerte desde mi génesis
y mi mar colosal de muertos y muertos,
flores de antigua luz.

Voy a la muerte con mis mejores zapatos,
mi dolor más grande.
Voy a la muerte con la ternura
que supe conseguir y mi perfil
que supe conseguir.
Voy a la muerte porque el río, porque arriba,
porque rumbo.
Voy a la muerte para matarla
en lo hondo de mi y en lo hondo de ti,
para que el día cierto
sea más sombra que tiniebla,
más despertar, puerto perfumado,

brío del alba, salto.
Voy a la muerte con todo yo auestas,
es decir tú conmigo,
y el mundo
y todos, todos.

XXVI

La distancia saciada en nuestros pies,
Picazo.

Esta es nuestra caída,
nieve de las noches de nuestros tiempos
nuestros años.

Esto es haber sido lo que fui que soy.

Esto es mi nombre real,

por el que me conocen mis sueños

por el que me llaman en la noche

los ángeles batalladores,

esto es mi caer.

Lluvia de mi, lento río sediento,

cárceles voladoras las horas, déjennos.

Esto es partir.

Y así digo adiós.

Último aire.

D. P

*(Yo tuve esta hermana,
desdichada morocha de los balcones,
apacible esfinge
y cuántas veces no la supe.*

Hubo una vez la tarde aquella
que yo hubiera querido que huyéramos
- de todo huérfanos-
de las legislaciones de la vigilia.
Pero que yo quería huir
y que hablabas como se habla
doliendo a recuerdo.

Allende arenas, almanaques, caravanas,
distancias jalonadas de besos,
donde el tiempo se enredaba y cantaba la muerte
y amarte entonces era amarte alta,
retener el rostro que fuera trigal golpeado,
sombra llovida,
pena herida de pañuelo blanco,
una mantilla que por allí quedara.

*Yo tuve esta hermana por las calles
y viví de su sombra.*

No somos esto,
pero éramos el haber sido
mientras nos avanzaban por el vientre

unas alas trepadoras.
Deja las flores, deja el libro.
Por las almenas que gritan
su fe a ciegas, hermana,
te quise crucificada porque eras
tan bella como la vida en la distancia.

*Pero yo sé de una hermana mía
que caminaba bajo la lluvia
calles que ahora son sólo mías.*

Y yo te descendiera donde un lecho
con doseles como leones
y adorarte como a estación perdida,
y, para corona de la tierra, descalza.
Devorada por vestidos de fiesta,
salpicadas las mejillas
con pájaros asombrados
decir por ti alabanzas púrpuras
y encauzar en ti el rocío
para que se alumbre un adiós en la noche.
Y partir lanzas con el alba,
morir arder por ti,
Magdalena del desierto amarillo,
bella como lo prometido.

Yo tuve esta hermana en silencio

*y nos mirábamos a través de las fiestas
y éramos solos a todo tiempo,
para los dos una casa hecha de secretos
promesas que se partían
como espadas de ceniza.*

Creo que tuve una hermana en un país
hecho de memorias,
de puentes rotos y laberintos rotos,
de palabras desoladas hecho,
arriba y debajo de todo
y dentro del pecho nuestro.
Pero habían de rodar crepúsculos manzanas,
silencio más luego, y adiós.

¿Recuerdo?

Si.

Recuerdo ahora

aquella

tarde

una

vez

la

aquella,

la que yo hubiera debido huir con ella,

una hermana encontrada,

viva en todos los balcones.)

(Entra la Muerte de Matos, toma su caballo de las riendas y a él de los brazos. Mientras él y su caballo desaparecen para siempre, les pregunto, siendo las

Matos en punto.

- Matos ¿qué ves ahora?

*Veo la harina del tiempo,
negros molinos de la tierra,
infinita patria de sombras
que el viento dispersa.
Veo alas de tierra para enjugar todo mi largo.*

- Matos ¿qué oyes ahora?

*Oigo el viento habitado por madres y padres,
viento que me supo niño,
río de todas las voces.*

- Matos ¿qué noche es ahora?

*Noche del negro relámpago
a un corazón familiar, arboladura sin fin.
Son mis ardientes lágrimas ardientes...*

- ¿Caballito?

Ir, ir, ir, galopar y galopar. Ir.

- ¿Matos...?

... pero ya no me acuerdo de mí...)

Epilogo

Y cabalgo.

Y voy.

Estelas en las patrias de la tierra.

Yo no sé.

Pero cabalgo.

Y voy.

Fin del buen galope.



En los bolsillos de Matos.

La vieja casa,
sola, enraizada a los años sin cifra
de una familia silenciosa
recorriendo los pasillos de la sangre que espera.
(Allí donde todo es silencio
y ojos de mujer sosteniendo las paredes,
un padre anciano
conversa en los rincones)
De niño,
se reza bajo la cama deshecha
donde muslos y bocas fueran peces ciegos
en el coral de la medianoche.
Sólo quería barrenar la ola del Tiempo
con un naufragio en la frente, se sabe.

Esa vieja casa
que hundía su abrazo en la carne de los ayeres,
me llama.
Donde era todo terrible y bello
como una madre otoñal, me llama.
A veces el mundo rapiñaba
en los cuerpos de la intemperie
o la luna era una insignia mortal,
o yo hallaba, en una noche
que dolía setecientas veces
mi exacta inocencia,
aquella ala perdida que fue

el único Poema Verdadero.
(Y entonces era el amor de una mujer
que enarbolaba la siesta sobre sus ojos
y una trenza negra en su espalda
suspiraba boca abajo)

Y fue en el año verde
de un país maravilloso
que acabó de un bostezo
cuando por la puerta grande
nos fuimos...
- y lloraban los jazmines una pared rosada...
- y gritaban los abuelos en la ventana vacía...

¿Quién soy yo
y tú quien eres
si ésta no fue mi casa,
la erguida y vertical casa,
donde no hizo falta morir
para ver tan lejos y por sobre el hombro
de los fantasmas?

Para cubrirte de reliquias
las estelas del paso.
Para canción de luz
en sostenido mirarte
han crecido mis ojos.

Y sin embargo quién eres, lejana fe,
sabida del corazón,
rota o entera, camino de nieve herida
hacia un altar de pájaros.

Te creo andar, brisa suelta,
celada por el río,
espuma vos del oleaje de la tarde
y dónde algún pensamiento
que no te elija raíz o cielo?

Ven también a mí.
Pues hacia ti se arrojan mis ramas ciegas.

¿Oyes, cadáver?
Conversan las alas en el jardín.
Susurran pañuelos blancos
en la muda harina que amasa tu naufragio.
Quedaré un poco más
a bordo de tu deriva
por ver cómo se alisa el horizonte,
cómo conversan los confines de esta ausencia,
qué había de canto en tu boca.

Aparecido eres. Y sin embargo
la luz te borra
mientras ríen las alas en el jardín
y hay quien pueda decir
tu nombre ya de otros.
O es mentira esta pieza
y aquél candelabro aventado
y la ventana y yo mismo incierto
y sólo tú, cadáver, en altar de rumbo único,
eres lo solo cierto,
avanzando, proa indudable,
por una vasta mar de nada abierta.

Yo vi

hombres de corazones encabritados
galopar por los segundos pampas
de la tristeza.

Mujeres de uñas pintadas
y llanos pechos
recobrar estrellas de papel
en una fiesta de maniqués.

Obreros con silencios de viejas palas
poner en el aire un arorró
para los soles que dormirán en su piel.

Un pájaro en la tarde
modelar temprano
el centro de la noche.

La muerte en los ataúdes secos.
Manifiestos de apagadas voces
socorriendo doctrinas vejadas
mientras un cielo de dos colores
regresaba a los ojos de los ciegos.

Tanto vi

pero nunca, oh vida, he podido
mirarte a los ojos
con la disposición tranquila
de los bueyes en flor.

Este dolor de amor se hace rosa de arena,
la elige mártir el tiempo.
En esta rosa prevalece el corazón,
para que lo perdonen los siglos.
Mueren bocas, nombres.

Dolor de amor, abismo
para entrar a una santidad secreta,
al baile de los ecos,
noches de no tenerte.

Puerta de la que he caído,
ya eres pájaro, estrella en mis ojos.

Pero recuerda cómo
antes que el cielo te envolviera
eras mi mañana, mi par en la promesa
de los años.

Yo nací de un verla una vez
y en su ausencia
parpadea el mundo.
Nací de un verla de golpe
con la madura madera del ojo,
nací de atarla al silencio de los colores
y la fijeza abominable de un rostro
que se me ha hecho río.

En ese río donde sólo yo no paso,
sólo yo quedé mi mejor minuto.
Pasan por ese rostro sus años,
su pasión, su vida muchedumbre.
Sólo yo no paso,
yo sólo naufragio en él.
Todo pasa por él
menos la muerte que yace conmigo
en el fondo con mi mejor minuto.
Miro como a pájaros lejanos
como a soles del ojo
aquella promesa de la vida.

Y que sin embargo no morirá nunca
toda esta vida que me cuelga fecunda
aunque muerte me llene de bolsillos.
Hasta que sea mentira
la voz secreta del silencio,
de los estómagos de la penumbra
zarpa la hierba en su viaje al sol.

De muerte a muerte, por vida.

**Premonición
de
Salvador Torres
en la fe y en la muerte.**

“Más raro que perro verde”

(Fe que el Viento desentierra un antiguo perro verde que mamará algún día de las seis tetas de la creación. Fe de ser el perro verde.

((En la playa de la derrota, la Palabra, cachalote divino, varada. Nos la hemos comido. Ahora, lo que sea que sea será lo que nunca ha sido.))

Fe que en nunca y en siempre conspira el aún, lame desde abajo el entoavía de lanza irredenta.

Resurrecciones se cuecen sin escuadra.

Y ansina: Ay del que en su fe no cría la sed de trascender la barba de los que fuimos.

Ay del que no galopa en mil fémures de espuma creciente

y no los mata en si los salva en sí, ay.

Ay si el año no te arranca el cadáver que te viste.

Ay si este Viento no nos lleva las canas.

Ay si nos traicionan pero no necesariamente.

Ay del que se arrodilla ante los Hechos y pide perdón a su tos, y del que no lo hace.

Ay del que a su fe le dio de comer de espaldas porque a su rostro lo dispersará el río.

Ay del que cría canciones y palabritas como a canarios.

Ay del que desconfía de la literalidad del camello y su aguja vendada.

Ay del que aún tenga una fe entera y la prefiera

a la fe tullida que espera
en algún lugar, en algún lug/
¡Mirad la fe rodada por la escalera al cielo,
cagónos la suerte sísifa el día del asalto,
ordeñando astrolabios, bebedora de saturnos,
violada por gángsters y resurrecta hasta el ombligo,
con todo, aún f/
Haiga puente para que avancen las estrellas,
de esta sed a aquella mar.
Ni nada termina.
Fe en la noche y el siempre venir de la ceniza.
Fe convenida entre piojos con bayonetas,
fe de andamio babélico,
todavía, entoav/ ¡!
Fe criando caballos en los ojos, amor en el mundo,
Mandingas hermosos en las caídas,
alas en las batallas que nos paren,
peldaños en la mar futura, ¡F/!
¡Araca, mi ef deforme que te me mueres en bateas
pelelas pies fríos *no le queda mucho qué muerte
impuntual horror morir así* y entre el freno que tasca
el pueblo, su alta baba y el ojo roto,
se yergue un viento que muerde verde
y dice todavía, todav/
tod/
en algún lug/

ffffffeE.

i...!)

Bajo el álamo blanco y solo de mi ayer
duerme un niño hecho de viento feroz.
Agua son sus ojos cerrados en el sueño
y en su ardiente ceguera abre los ojos un dios.

La voz de un destino en la luna muda,
oh señora de los silencios y las esperas.
*Denme la flor de la doctrina nocturna,
clávenme las peldañas espinas de la Escalera.*

Oh niño que soplas en todos los vientos
y asomas en mi espejo y no puedes verme,
ya vibra en la hierba y galopa en la nube
la triste esperanza de nuestra muerte.

Mira cómo la noche nos lleva en brazos
y nos devuelve al vientre de la luna.
De esta voz huyen todas las palabras.
De este hijo no nació madre alguna.

Y el silencio será caída. Y en la estrella
no habrá estrella sino un silencio de ayer.
Niño: *Si yo encontrara la Escalera
que ni sube ni baja ni está ni es...*

*(Y que además de estos papeles llevaba un reloj,
un retrato y barba de tres días. Nada más.)*

Salvador Torres.

